

Una de las peores y más peligrosas cazadoras del desierto es la serpiente, que se alimenta de pequeños roedores, como los ratones. Las secuencias de estas fotos muestran la lucha entre una cascabel del desierto norteamericano (la cascabel con cuernos) y una rata-canguro. Estas ratitas saltarinas son comunes en casi todos los desiertos del mundo. La cascabel prepara su salto, enrollada como un resorte. Pero el ratón la elude continuamente arrojándole arena y saltando.

—¡Eh! —hizo notar Dieguito—, algo está ocurriendo.

—El desierto se está despertando, —confirmó Pardal señalando un lagarto que, veloz como una flecha, pasaba por las piedras—. Aquí se vive de noche y se duerme de día.

—Pero, ¿de qué vive este animal en un lugar como éste?

—De lauchas, huevos de aves, insectos. Ello prueba que debe haber un oasis por aquí. Los oasis son afloramientos de agua. De no haber agua no habría hierba, sin hierba no habría ratones ni tampoco ese lagarto. Tenemos que descubrir la fuente de agua. Y por ese medio tal vez encontremos el escondrijo de la Maga.

No había terminado de hablar cuando un trueno resonó sobre sus cabezas y algunas gotas de lluvia golpearon sobre las lajas.

—Mejor nos guarecemos —dijo el beduino—, la lluvia del desierto es siempre muy fuerte.

Apenas habían tenido tiempo de guarecerse bajo un pórtico cuando un tremendo aguacero empezó a caer del cielo.

—No necesitamos buscar ningún oasis —comentó Dieguito—; miren de dónde viene el agua.

—Te engañas, Dieguito, —aclaró Pardal—, esas lluvias del desierto son tremendas, pero muy raras, y no traen suficiente agua como para formar un lago permanente. La vida en este lugar se debe nutrir por un oasis, como yo les decía.

—Hay un oasis en las afueras de la ciudad —confirmó el beduino—.

Pasada la lluvia, tan abruptamente como comenzó, el grupo se puso en camino hacia el oasis, atravesando la ciudad ya a oscuras. Bajo la luz de la luna los portales parecían cavernas espantables. De pronto, una forma emergió volando desde dentro de uno de ellos y, con un rumor de alas, se precipitó sobre un bulto que se deslizaba por las piedras. Cuando iluminaron con sus linternas la escena, una lechuza levantó vuelo, asustada y dos ojos reflejaron la luz. Un animalito del tamaño de un perro, con grandes orejas, los miraba gruñendo.

—Una raposa del desierto o fenec— comentó Pardal.

Trataron de agarrarlo, acorralándolo contra el muro, pero no fue fácil. Por fin lo lograron. Poco después fue traído por los niños, que lo sostenían por el cuello; ya no se defendía a dentelladas, pero seguía gruñendo en tono de advertencia.

—Son domesticables —explicó el beduino—, nuestros niños los tienen como perritos. Son muy hábiles. Observen la cola de éste.

La cola del fenec era muy grande y afelpada.

—Es la puerta de su casa —siguió diciendo el árabe—.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Este animalito cava su madriguera en los oasis y en los alrededores de las ciudades, cerca de los arroyos. Durante el día pasa todo el tiempo en su cueva, que es honda, y tapa la entrada con la cola. Por la noche sale a cazar.

—¿Y por qué hace eso? —quiso sa-



sito, después de pensar un poco.

—Exactamente. La comida es poca y está muy dispersa. Un área determinada alcanza para mantener un solo ratón. Por eso se separan.

La conversación fue interrumpida por el árabe, que llegó diciendo:

—Descubrí algo. Síganme.

Los muchachos desataron el fenec y todos acompañaron al beduino.

Dentro de la ciudad, en las ruinas del palacio, encontraron todas las chafalonías de la hechicera, que debía haber salido por un momento. El horno, en el cual pretendía fundir la moneda de Patilludo, con otras monedas mágicas para fabricar el supertalismán, estaba encendido. Con los ojos fijos en la puerta por la que debía volver la Maga, Pardal hizo una señal para que todos estuvieran quietos y comenzó a desenrrollar un misterioso envoltorio que había traído consigo. Pero no tuvieron suerte: volvió la Maga; volando, pasó por la ventana y los tomó a todos de sorpresa. La bandida hizo unos pases hipnóticos sobre todo el grupo y, cuando se dieron cuenta, había desaparecido llevándose todos sus pertrechos de magia.

Patilludo se mordía las uñas y aullaba de rabia. Pardal, que examinaba el cuarto, anunció:

—Pues tendremos que trasladarnos hasta muy cerca del polo norte...

—¿Polo norte?

El hombre de ciencia mostró un hongo que había encontrado sobre el fogón:

—Este hongo proviene del "círculo de las hechiceras" que se encuentra en los fríos bosques de Europa, viejo refugio de los brujos. De todos modos, la Maga aún no ha tenido tiempo de fundir la moneda de Patilludo.

En pocas horas dejaron atrás el desierto. El superjet sobrevolaba las grandes ciudades europeas en dirección a los hielos del norte. Patilludo recibió otro radiograma y se puso pálido. ¡Su fortuna en la bolsa ya estaba reducida a la mitad! Para distraerlo, Pardal señaló hacia París, ciudad que sobrevolaban en ese momento y comentó:

—Así como el desierto está creciendo, los hielos del planeta disminuyen. Hace treinta mil años, el hielo del casquete solar llegaba hasta cerca de aquí. Por todo el sur de Europa vagaban manadas de mamuts lanudos, rinocerontes peludos y renos, que los hombres cazaban. Y enormes osos disputaban a los hombres las cavernas en que se guarecían.

—¿Todos esos animales eran peludos a causa del frío, así como el fenec lo es por el calor? —preguntó Dieguito—.

—¿Increíble, no? Sin embargo es así. Pero la mayoría de esos animales del frío norte han desaparecido. De los que he citado sólo queda el reno, que ahora habita más al norte cerca del límite actual de los hielos, en Siberia, Finlandia y Escandinavia. Todos esos animales han sido exterminados pues no han resistido, además de la retirada de los hielos hacia el norte, la caza con que los ha perseguido el hombre. El reno ha sobrevivido porque fue domesticado: tira de los trineos, como los de Santa Claus y produce leche.

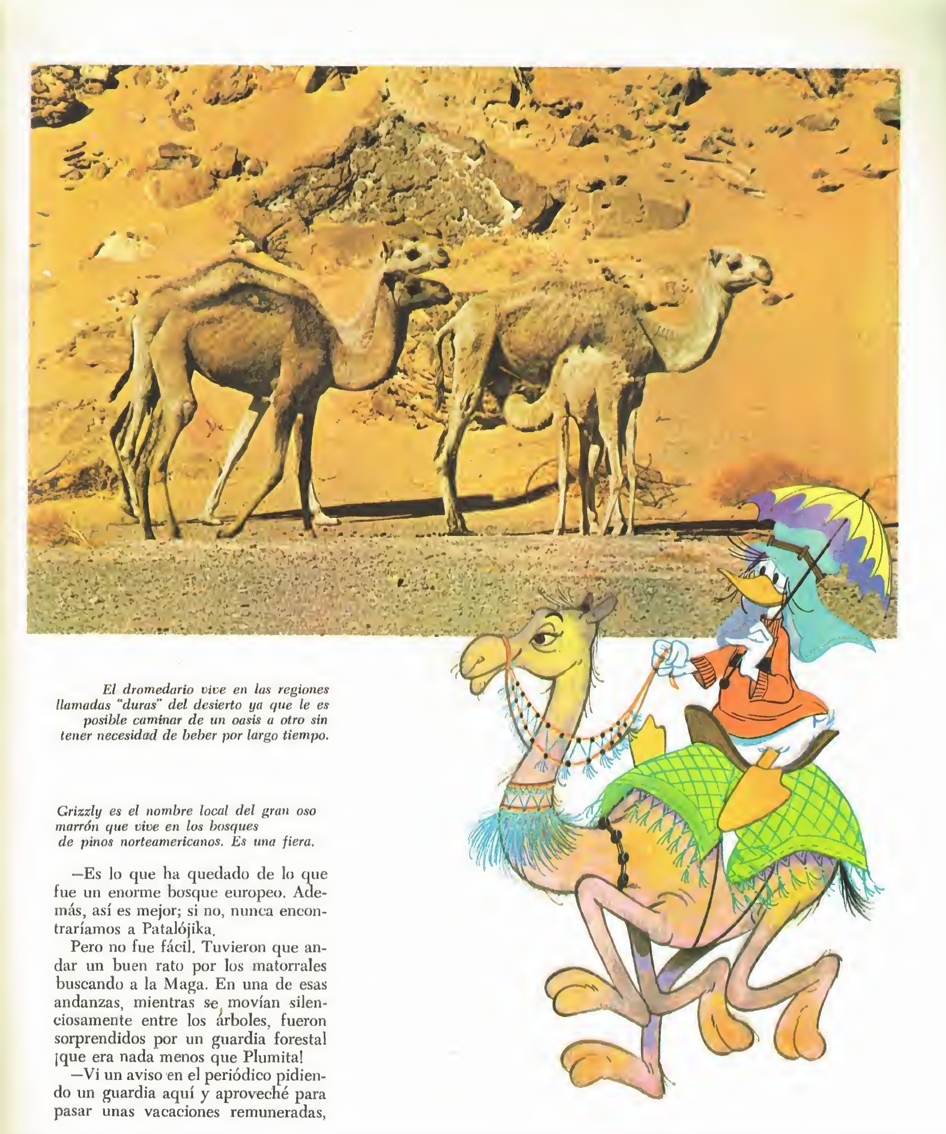
—Pero, ¿si el hielo continúa retirándose puede poner en peligro el planeta? —quiso saber Donald—.

—No continuará retirándose. Los hielos avanzan y se retiran periódicamente. En algunos centenares de millares de años, volverá a crecer.

—Lo que no entiendo —dijo Huguito—, es cómo vivían esos animales en el hielo. En el hielo no hay plantas.

—Simplemente porque ni viven ni vivían en el hielo. Se puede comparar la vida de las regiones frías con la de las regiones desérticas. El polo norte es un mar, al contrario que el polo sur, que es un continente, la Antártida. Toda la superficie de ese mar está congelada. Así como en los valles de la Muerte de los desiertos, en esas regiones no





El dromedario vive en las regiones llamadas "duras" del desierto ya que le es posible caminar de un oasis a otro sin tener necesidad de beber por largo tiempo.

Grizzly es el nombre local del gran oso marrón que vive en los bosques de pinos norteamericanos. Es una fiera.

—Es lo que ha quedado de lo que fue un enorme bosque europeo. Además, así es mejor; si no, nunca encontraríamos a Patalójika.

Pero no fue fácil. Tuvieron que andar un buen rato por los matorrales buscando a la Maga. En una de esas andanzas, mientras se movían silenciosamente entre los árboles, fueron sorprendidos por un guardia forestal ¡que era nada menos que Plumita!

—Vi un aviso en el periódico pidiendo un guardia aquí y aproveché para pasar unas vacaciones remuneradas,